

La presencia de Alberto Rex González en la Universidad de Córdoba

José Antonio Pérez Gollán

José Antonio Pérez Gollán es
director del Museo Etnográfico de
la Universidad de Buenos Aires

ESTUDIOS · Nº 10
Julio-Diciembre 1998
Centro de Estudios Avanzados de la
Universidad Nacional de Córdoba

Según nuestra opinión, en los últimos cien años hay tres figuras descolantes en la arqueología argentina: Florentino Ameghino, Juan Bautista Ambrosetti y Alberto Rex González. Ameghino, tomó de la Ciencias Naturales la metodología básica y desarrolló la idea del tiempo según la concepción evolucionista: buscaba -como lo expresa el título de una de sus obras- la antigüedad de hombre en el Plata. Ambrosetti, por su parte, encauzó a la arqueología dentro de los parámetros de la vida universitaria (fundó el primer museo universitario de Antropología independiente de la historia natural) y avanzó dentro de la perspectiva de Ameghino tratando de hallar una alternativa arqueológica viable a la estratigrafía geológica. González, a la vez que obtuvo los primeros fechados de carbono catorce en la Argentina y armó una cronología absoluta y secuencia cultural para el Noroeste Argentino (NOA), llevó hasta el 7 000 antes de Cristo la presencia de las sociedades de cazadores-recolectores en las Sierras Centrales.

La preocupación evolucionista por el tiempo aparece como un tema que cruza la obra de estos tres hombres y nos descubre una genealogía: a los 17 años Ambrosetti conoce en la "Exposición Continental Sudamericana" de 1882 a Florentino Ameghino, quien habrá de ejercer una influencia decisiva en su formación científica. González, a su vez, nos relata que la lectura de *La antigüedad del hombre en el Plata* cuando cursaba los primeros años del colegio nacional, le despertó el interés por la arqueología; no es extraño, entonces, que su artículo de 1955 "Contextos culturales y cronología relativa en el área central del N. O. Argentino; nota preliminar" (*Anales de Arqueología e Etnología*, tomo XII; Mendoza 1955) esté dedicado "a Florentino Ameghino cuyos escritos despertaron mi vocación americanista; homenaje en el centenario de su nacimiento".

Alberto Rex González nació en Pergamino (provincia de Buenos Aires) el 16 de noviembre de 1918, cinco días después del armisticio que ponía fin a la primera guerra mundial y por esa circunstancia, su padre que era admirador de Alberto I, Rey de Bélgica, eligió llamarlo Alberto Rex: era un acto de reconocimiento a la dignidad del monarca belga frente a la prepotencia alemana.

A fines de la década del treinta, A.R. González se inscribe en la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de Córdoba. Vivió en una casa de estudiantes en el legendario barrio Clínicas, militó en el movimiento reformista y obtuvo el título de médico cirujano en 1946. Al año siguiente se inscribió en el doctorado (Ph. D.) de Antropología en la Universidad de Columbia (Nueva York), y eligió como consejero [advisor] a Julian Steward. En ese momento, Columbia era uno de los centros académicos de mayor prestigio internacional donde se debatía el particularismo histórico desarrollado por Franz Boas, el materialismo de Leslie White, junto a las versiones del neoevolucionismo de Vere Gordon Childe y Julian Steward. González fue el primer argentino que en Columbia se doctoró en Antropología con una tesis sobre las investigaciones arqueológicas en la gruta de Intihuasi, San Luis.

Desde su regreso al país, ejerció la docencia y la investigación en las universidades nacionales de La Plata, el Litoral y Córdoba. Sus investigaciones en los años cincuentas marcan una nueva etapa para la arqueología en la Argentina, tanto por el empleo sistemático de la estratigrafía en los trabajos de campo (método que Max Uhle ya había usado en sus excavaciones de 1906 en la bahía de San Francisco, California, y Manuel Gamio en Atzacapotzalco, México, en 1913), como por la aplicación de un modelo diacrónico de gran profundidad histórica para interpretar el desarrollo de las sociedades indígenas del NOA. En cuanto a sus referencias teóricas y metodológicas, se guió por los postulados de la arqueología estadounidense de posguerra y, en el caso específico de la región andina de nuestro país, en el esquema de periodización de la obra clásica de W.C. Bennett, E.F. Bleiler y F. Sommer: *Northwest Argentine Archaeology* (Yale University Press, New Haven 1948). En todas las instituciones donde enseñó, González impulsó la formación de grupos de estudiantes interesados en la arqueología, los cuales, en la mayoría de los casos, se constituyeron como equipos de investigación que desarrollaron intensos trabajos de campaña según el esquema de las llamadas cronologías culturales. Al imponerse la estratigrafía como un procedimiento de rutina en toda investigación arqueológica, la búsqueda de tumbas pierde sentido y se privilegia la excavación estratigráfica de los depósitos de basuras (había una demanda de piezas enteras para exhibir en los museos).

El artículo "Antiguo horizonte precerámico en las Sierras Centrales de la Argentina" (*Runa*, V, Buenos Aires 1952), junto con "Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira, Córdoba", en colaboración con O. Menghin, (*Notas del Museo de La Plata*, XVIII, 67, La Plata 1954) y la "Estratigrafía de la gruta de Intihuasi, San Luis" (*Revista del Instituto de Antropología*, I, Córdoba 1961), abren la brecha para que se incorporen a la historia de los pueblos indígenas del NOA, y de las Sierras Centrales esa larga y fundamental etapa de las sociedades cazadoras-recolectoras. Fue,

La presencia de Alberto Rex González en la Universidad de Córdoba

a la vez, un parámetro comparativo para interpretar el desarrollo de la región andina como totalidad. Pero también le correspondió a González haber recogido en Intihuasi el material para realizar el primer fechado radiocarbónico de la Argentina, cuyo análisis hizo el laboratorio de la Universidad de Yale en 1956 y que arrojó una edad de 6.014 +/- 100 a.C. Esto, en buen romance, es haber construido el fundamento inmovible de las cronologías absolutas científicas en la Argentina y, a la vez, el hito que marca la extinción definitiva de toda especulación cronológica. La consecuencia más directa es que no quedó ni el rastro de la certeza de Boman (a la que muchos adherían con absoluta fe ciega) de que las poblaciones indígenas del NOA, apenas eran un par de siglos más antiguas que la invasión europea.

Siguiendo los postulados de la escuela de arqueología norteamericana, González da comienzo a la tarea de definir los contextos y secuencias culturales del NOA mediante una infatigable labor de campaña basada en excavaciones estratigráficas y en fechados absolutos de carbono C14. En la década del cincuenta -con la presentación de la ponencia "Contextos y secuencias culturales en el área central del noroeste argentino (*Actas del Congreso Internacional de Americanistas*, San Pablo 1954)- dará a conocer los resultados de sus investigaciones que abarcan tanto los problemas del desarrollo cultural del NOA y áreas vecinas, como las cronologías absolutas mediante el C14 y los contextos de las entidades culturales que se definen. En el país fue el primero en recurrir a la fotografía aérea para los reconocimientos arqueológicos en El Alamito (1952) y en Tafí del Valle (1961); asimismo, en 1970 junto con G. Cowgill, da a conocer una cronología del valle de Hualfín obtenida mediante el empleo de computadoras para la seriación de tipos cerámicos.

Sus propias palabras explican con claridad el proceso que lo llevó a interesarse por el arte precolombino:

"Personalmente, por imposición del momento que nos tocó vivir, estuvimos dedicados por décadas a la labor arqueológica en el terreno tratando de completar, dentro del área de investigación escogida, los cuadros contextuales, los modos de subsistencia y la cronología que pudiera servir a la imprescindible ubicación temporal de las culturas estudiadas, punto de partida inevitable de cualquier otro conocimiento arqueológico. [...] La disyuntiva era, pues, si por las dificultades inherentes debíamos dejar definitivamente de lado todo intento de interpretación del simbolismo de esa iconografía [de las piezas de alfarería o de recipientes de piedra] o si, por lo contrario, podíamos en algún momento empezar a establecer cierta sistematización de signos que permitiera en el futuro elaborar una verdadera semiología arqueológica de esos materiales" (*Arte, estructura y arqueología*, Nueva Visión, Buenos Aires 1974, p. 9).

Para González, en la década del setenta, ya estaban dadas las condiciones para abordar la interpretación iconográfica de los materiales producidos por las distintas sociedades indígenas del NOA [Aguada].

Un tema que lo atrajo desde los inicios mismos de su profesión, fue la metalurgia antigua de los Andes. Asumiendo un enfoque acorde con las teorías de V.G. Childe, definió con absoluta claridad la cronología y las condiciones sociales de la producción

del bronce en NOA, asignándolo a la cultura de La Aguada. Pero, sin duda, su libro *Las placas metálicas de los Andes del Sur. Contribución al estudio de las religiones precolombinas* (Instituto Alemán de Arqueología, Bonn 1991) es uno de los aportes más importantes sobre el papel que jugaron los metales en las sociedades andinas. Esta exhaustiva investigación, que vincula tanto lo estrictamente tecnológico y práctico-utilitario, con los aspectos simbólicos del significado jerárquico y la calidad estética, se despliega con una perspectiva que apunta hacia la búsqueda de las causas de la evolución cultural.

Alberto Rex González ha sido becario de la Fundación Guggenheim, del Wilson Center, de la Smithsonian Institution, Dumbarton Oaks y del Instituto Alemán de Arqueología. Integró la comisión asesora del CONICET y en la actualidad tiene la categoría de Investigador Superior; por su iniciativa se creó el primer laboratorio de radiocarbón en el Museo de La Plata. Se le otorgó el Premio Nacional de Cultura por las investigaciones arqueológicas en la gruta de Intihuasi. Fue consultor de la UNESCO en temas vinculados al patrimonio arqueológico de los países andinos e integrante del directorio del Fondo Nacional de Las Artes; presidente del xxxvii Congreso Internacional de Americanistas (Mar del Plata 1966); profesor visitante en distintas universidades de EE.UU., América Latina y Europa, ocupó también la cátedra Florentino Ameghino en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad de Buenos Aires.

Hombre de una clara trayectoria progresista, en 1976, durante los primeros meses de la dictadura militar, fue dejado cesante de su cargo en la Universidad Nacional de La Plata. Con el retorno al régimen democrático y constitucional, dirigió la Dirección Nacional de Antropología y Folklore de la Secretaría de Cultura de la Nación, fue nombrado profesor emérito en la Universidad Nacional de La Plata y director del Museo Etnográfico (UBA).

Entrevista a Alberto Rex González

JOSÉ ANTONIO PÉREZ GOLLÁN: Sobre sus años de Córdoba: ¿qué cosas hizo usted ahí?, ¿por qué llegó?, y también ¿por qué se fue de Córdoba?

ALBERTO REX GONZÁLEZ: Bueno, no puedo hablar de esa experiencia aislada de mi relación con Córdoba de muchos años antes, porque la realidad es que para mí Córdoba era muy familiar por los amigos, los afectos y por las mismas cosas que había hecho. Porque mi dedicación a la arqueología de tantos años me llevaba a un arraigo muy especial que después se concreta con la lectura, con la investigación, con el trabajo en el Instituto de Antropología. Por ejemplo, mis primeras experiencias en Córdoba comienzan en el año 1933 cuando estaba en el Colegio Nacional de Río Cuarto. Desde el punto de vista profesional, para mí era importante porque encontré en las barrancas del Río Cuarto, a unas cinco o seis cuadras del puente del ferrocarril, sobre la margen derecha de río, un yacimiento arqueológico que fue el primero que descubrí. Entonces, ahí empecé a encontrar, en unos médanos, material arqueológico que

La presencia de Alberto Rex González en la Universidad de Córdoba

era relativamente reciente, de las últimas etapas. Me inicié en la cuestión arqueológica y empecé a leer.

Esto era en el año 1933 pero, al mismo tiempo, había otra cosa. Yo iba al Colegio Nacional e hice muchos compañeros y amigos que después, muchos de ellos, fueron compañeros en la Facultad de Medicina. Esta amistad venía desde la secundaria - lo que no deja de ser importante - y a quienes volví a encontrar con posterioridad porque después del segundo año, en el 1933, yo me fui al Colegio Nacional de Pergamino. Pero seguí ligado a Córdoba. Cuando estaba en tercer año del Nacional de Pergamino, hice una excursión a Villa de Soto. Era un viaje medio deportivo. Instalamos un campamento con un compañero mío, primero en la zona de la Calera -allí fuimos un poco de veraneo - y después nos trasladamos a Villa de Soto en el norte. Encontré el sitio arqueológico que está publicado en el Museo Nacional de Buenos Aires [Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia"] y el material está ahora en el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras [Universidad de Buenos Aires], adonde pasaron las colecciones antropológicas del viejo Museo Nacional. Es decir que la arqueología de Córdoba para mí fue mi inicio y durante mucho tiempo me dediqué a ella. Después fui a estudiar medicina y -vuelvo a repetirlo- me encontré con algunos compañeros de Río Cuarto y la amistad siguió.

Usted está ligado a Córdoba porque estudia medicina y se forma ahí como médico, su primera carrera universitaria.

Me formo ahí como médico y conozco a eminentes profesores de la carrera médica: Antonio Navarro, Jorge Orgaz, José Antonio Pérez, que después los he conocido mejor ya pasados muchos años y hemos tenido una cierta amistad. Al Dr. Orgaz, por ejemplo, lo conocía como médico, en las clases de clínica médica y en la sala, pero cuando él es rector y yo soy el director del Instituto de Antropología, nuestro conocimiento ya venía de muchos años antes.

¿Cómo vuelve a Córdoba para ocupar el cargo en el Instituto de Antropología?

Eso es importante porque fue un punto bastante triste, desgraciado en mi carrera. Yo había ingresado al Museo de La Plata cuando volví de los Estados Unidos. Hice mi carrera en el Museo de La Plata. Pero, como no podía subsistir con las cátedras y los cargos que tenía, daba clases en Rosario, en la Facultad de Filosofía y Letras de la entonces Universidad del Litoral; un cargo que gané por concurso pero que ocupaba desde mucho tiempo antes.

Después de la caída del peronismo, en La Plata el Dr. Márquez Miranda pidió mi exoneración. En realidad, lo que había era un viejo problema personal. El asunto se originaba en un tema científico. Yo había estudiado la colección Muniz Barreto y, como producto de eso, hice un trabajo por todos conocido: "Contextos culturales y cronología relativa del área central del N.O. Argentino" [*Anales de Arqueología y Etnología*; año 1950, tomo XI. Universidad Nacional de Cuyo; Mendoza 1955]. Esto contradecía o estaba en franca oposición al enfoque del largo artículo "Los Diaguitas"

José Antonio Pérez Gollán

[*Revista del Museo de La Plata*; nueva serie, vol. 3; La Plata 1946], que había sido publicado por Márquez Miranda en 1946. El trabajo mío era lo opuesto a su enfoque, pues para Márquez Miranda todo era diaguíta, aun los materiales que teníamos en la colección Muniz Barreto. Yo opinaba que el problema era poder separar las secuencias de acuerdo a la organización de los distintos contextos.

En consecuencia, la oposición de Márquez era definitiva. Pidió mi exoneración, de la cual no me hubiera liberado nunca, porque impide el regreso. Afortunadamente un hombre de bien, el Dr. Ángel Cabrera, se opuso; dijo que yo tenía una trayectoria tal que no había por qué exonerarme. Lo que decidieron fue mi cesantía y que años después fue revista. A los pocos meses, Márquez Miranda tiene problemas por unas falsas declaraciones juradas y, bueno, una serie de problemas internos que no voy a recordar: ya no me interesan ni me importan.

El hecho fundamental es que yo estaba en Rosario. Era la época en que había caído Perón y todas las universidades estaban en plena convulsión, en una etapa de transformación y de cambio. El Profesor Antonio Serrano era el Director del Instituto de Arqueología de Córdoba, que él había fundado. Yo no pertenecía al personal científico, pues apenas era estudiante cuando Serrano lo fundó. Pero durante muchísimos años, mientras duró mi carrera de medicina, concurría a leer al Instituto de Americanistas, que creo dependía de la Facultad de Filosofía y Humanidades, o directamente del Rectorado. El director era el Dr. Martínez Paz, una figura muy conocida, y yo concurría prácticamente todos los días a leer.

¿Usted era adscripto en el Instituto de Antropología?

Si, Serrano me había dado una adscripción, por supuesto que ad honorem, pero nunca había participado activamente. Salía muchísimo al campo y durante toda mi época de estudiante de medicina, los domingos los dedicaba a recorrer los sitios arqueológicos: el Dique de los Molinos, el San Roque, el de Río Tercero con el yacimiento de Rumipal; recogía el material que quedaba en los bordes del lago. Con Aníbal Montes -que nos habíamos hecho amigos- recorríamos los yacimientos y habíamos empezado a excavar en Ongamira, y encontramos el sitio de Ayampitín en la Pampa de Oláen. Teníamos una gran familiaridad con la arqueología de Córdoba.

Cuando se produce la caída del peronismo, me encuentro con Serrano -que también era profesor en Rosario- y me dijo poco o más o menos: "González, yo no voy a presentar al concurso del Instituto de Córdoba, pero no quiero que el Instituto caiga en manos de alguien que no tenga para nada conocimiento de esta materia. Así que le voy a pedir que usted se presente." La cosa no podía ser más clara: era el propio director y fundador que me pedía que me presentara, yo no suplantaba a nadie. Por lo tanto me presenté.

Hubo un concurso y usted se presentó.

Hubo concurso y me presenté: yo gané el concurso.

La presencia de Alberto Rex González en la Universidad de Córdoba

¿Había otros concursantes?

Ninguno. El único postulante era yo y Serrano, que era el ex director, no se presentó.

¿Y quienes fueron los jurados?

No tengo ni idea. Pero lo importante es que Serrano se va a vivir a Salta porque le ofrecen la creación allí de un nuevo Instituto de Antropología, aparentemente bien remunerado.

Hay un pequeño detalle que es interesante. Cuando gano el concurso y me estoy por hacer cargo, comienzan a correr versiones -no se por qué y no interesa mucho, pero quiero dejar constancia- de que yo no me iba a hacer cargo. Nunca supe por qué se echaron a correr esas versiones, pero no era cierto porque en La Plata me habían eliminado, a Rosario estaba cansado de viajar y, por otro lado, tenía también un problema con esa cátedra. Se había concursado y nos habíamos presentado el profesor Badano y yo; Badano desgraciadamente murió durante el concurso, de manera que quedé solo. Pero no iba a seguir porque Córdoba me gustaba más, la familia de mi esposa vivía en la ciudad de Córdoba e íbamos a vivir con ellos.

El caso es que ocurre algo bastante desdichado, pero que son estos vaivenes de la vida. Cuando ya había dejado de La Plata y estaba instalado en Córdoba con mi familia, Serrano todavía no había viajado a Salta y me dice: "Mire, yo no estoy seguro de irme, se me hace difícil el traslado de manera que estaría dispuesto a apechugar con el Instituto". Entonces le dije: "Vea Serrano, usted me pidió que yo me presentara. Yo me presenté y he ganado. Me he trasladado con toda mi familia y ahora usted quiere dar marcha atrás, no me parece ni correcto ni posible". Claramente, esto no le gustó. El creía que lo del concurso iba a ser más cruento (sus palabras originales eran: "no quiero que me manoseen"), que los profesores que habían estado en la época del peronismo tendrían problemas; en realidad no fue ese el caso con el Instituto. Evidentemente se disgustó y se fue a Salta, pero no se rompió la amistad.

¿En qué año se hace cargo usted?, ¿cuándo es este concurso?, ¿para qué fecha más o menos?

Perón cae en 1955, así que esto debió ser alrededor de 1957, mas o menos. No recuerdo bien. Para estas cosas tengo muy mala memoria. Me hago cargo, comienzo a dar clases y ahí conozco y me conocen los que fueron mis alumnos de entonces. Dictaba clases para la Carrera de Historia y las daba en la casa de la calle Obispo Trejo.

El viejo Instituto de la calle Obispo Trejo.

Si. Serrano había acondicionado un aula que daba a la calle y ahí venían los alumnos de Historia. Se formó un grupo muy interesante, porque había un diálogo permanente, intercambio de ideas y mucha gente que comienza a tener interés por la arqueología, interés real como práctica arqueológica. Mucho más después que hacemos algunas salidas al campo.

¿Quién era decano en ese momento?, ¿era Adelmo Montenegro?

El decano de la Facultad [de Filosofía y Humanidades] era Adelmo Montenegro, a quien yo conocía de antes porque era muy amigo de Deodoro Roca, de Jaime Culleré y Santiago Monserrat: se solían juntar en Ongamira en casa de Deodoro. De manera que antes de que yo entrara a la Facultad, los había conocido en Ongamira, adonde con [Aníbal] Montes habíamos estado haciendo excavaciones arqueológicas. A ese grupo lo conocía desde entonces y no me sentí extraño en la Facultad. Empecé a trabajar. El detalle más importante es que si bien se habían dado clases de arqueología, a los alumnos nunca se los había llevado al terreno. Yo inauguro ahí algo distinto: trato de que los alumnos conozcan sitios arqueológicos. Hicimos viajes al Cerro Colorado, al dique Los Molinos, luego a otros sitios como Ongamira.

Una vez que ya estuvo el Instituto en marcha, tratamos de hacer trabajos de mayor envergadura, como fue el caso de las investigaciones en Tafi del Valle [Tucumán]. Preparamos durante todo un año un seminario exclusivamente sobre la arqueología del Noroeste y, específicamente, sobre Tafi del Valle .

Usted le va a dar otra orientación al Instituto, venía con ideas absolutamente nuevas. Estamos hablando de fines de los años cincuenta; porque la expedición de Tafi es en el verano de 1960. En ese momento, hay una circunstancia universitaria que también ayuda a los cambios: las universidades va a poner el acento en la investigación. Creo que usted es uno de los primero *full times* en Córdoba. No eran muchos.

Efectivamente, no eran muchos; a mi me dieron el *full time* y realmente estaba dedicado a la investigación. Iba muy temprano al Instituto, trabajaba mucho e hice, por ejemplo, el proyecto de investigación a Tafi del Valle, que fue muy interesante y tuvo mucha repercusión por el número de alumnos que participaron. Inclusive hubo un investigador extranjero que pidió adherirse al grupo: el padre [Pedro Ignacio] Schmid, hoy es una figura prominente de la arqueología brasileña. En el grupo de estudiantes hay algunos que después se convierten en arqueólogos muy destacados, como fue el caso del "Negro" Heredia. Usted no estuvo.

No, yo no había ingresado a la Facultad, ingresé ese año.

Claro, pero también estaban Eduardo Berberían y de La Plata estaba Chiappe. No recuerdo quién más.

¿Quién financiaba estas expediciones? Estamos en el momento de creación del CONICET.

Claro, así es. ¿Quién más había ido?

Bueno, fue Víctor Núñez Regueiro de Rosario...

¡Ah! Víctor Núñez Regueiro que estudiaba en Rosario y que creó la Carrera de Arqueología en Tucumán. Muchos otros no siguieron, pero algunos se convirtieron

en arqueólogos profesionales y muy destacados.

¿Cómo financiaba usted estos viajes ?

Bueno, esa investigación a Tafi fue financiada íntegramente por el CONICET. Los resultados fueron muy importantes y, sobre todo, a veces, como ocurre en la arqueología, cuando hay algunas ruinas o restos monumentales, tienen cierta trascendencia, inclusive en los medios. La prensa, por ejemplo, publicó las excavaciones de Tafi, los hallazgos de estos monolitos, y recuerdo que el decano quedó muy impresionado; ya no era Montenegro y no importa quien era, pero no le interesaba tanto el aporte que habíamos hecho a la arqueología, sino esta cosa de trascendencia periodística.

¿Usted daba clases de Arqueología Americana?

Daba clases de Arqueología Americana y de Antropología Cultural.

Un cuatrimestre una materia y al siguiente la otra, pero además también participaba de las Comisiones Regionales del CONICET.

Bueno, esto fue muy importante porque yo veía al CONICET desde el interior y había en la Comisión algunos colegas sumamente destacados: el cardiólogo Severo Amuchástegui (que tenía una gran amistad con Bernardo Houssay), el botánico Cocuchi, el botánico Hunziker; gente de gran nivel.

Entonces, veíamos que siempre la parte del león se la llevaban los centros de Buenos Aires y para nosotros, los del interior, había mucho menos. En nuestras disciplinas era bastante claro. Así que luchábamos mucho por cambiar esta situación; no sé cómo estarán ahora las cosas, estoy muy alejado de las directivas.

En ese momento su presencia y vinculación con el Instituto le dio un vuelo a la arqueología que, obviamente, no había tenido antes.

Bueno, había varias cosas tan interesantes... Yo recibía muchas invitaciones del exterior para participar en congresos, simposios y, sobre todo, el vínculo que tenía con los Estados Unidos, ya que algunos de los compañeros de mis cursos de los años 1946 y 1947 se destacaban como profesionales. Muchos eran ex soldados que venían de la guerra, pero que ya tenían una formación previa de antropólogos. Figuras como Eric Wolf que, aunque no fuimos nunca demasiado amigos, era de mi época; el arqueólogo Clifford Evans, Elman Service -fallecido hace muy poco- o Morton Fried, todos de gran relevancia y predicamento posteriores.

Seguí en relación con mucha de esta gente, de manera que me mantenía muy al día. Eso culminó en el año 1966 cuando me eligieron para organizar el Congreso [Internacional] de Americanistas. Es decir, en el congreso del 1964 en España fui elegido, de acuerdo con los reglamentos de los Congresos [Internacionales] de Americanistas, para organizar el congreso de 1966 aquí en la Argentina y que se hizo en Mar del Plata.

¿Para ese entonces usted ya estaba en La Plata?

Había pasado a La Plata y fue por una circunstancia muy especial. Mi situación en el Museo de La Plata había sido vindicada: la resolución por la cual el Profesor Márquez Miranda me había dejado cesante fue revista y Márquez Miranda, si bien no fue declarado cesante, tuvo que dejar la dirección del Museo [de La Plata].

En 1963 fui invitado por el Profesor [Abraham] Rosenvaser a participar de la excavación de los monumentos de Nubia que auspiciaba la UNESCO, e hice el viaje a Nubia. Antes de eso hubo un Congreso [Internacional] de Americanistas – no recuerdo si fue el de España – y me habían invitado. El congreso se hacía cargo de todo lo que correspondiera a mi viaje y a mi estadía. De manera que pasé una nota a la Universidad de Córdoba diciendo que solicitaba licencia por los días del congreso, que creo que eran un par de semanas.

Creía estar ante una situación normal y, además, que era un honor para la universidad que al director del Instituto de Antropología se lo invitase a un simposium en un congreso internacional, y con todos los gastos pagos. No fue entendida así y los representantes estudiantiles declararon que la invitación era personal, a mi, a Alberto R. González, y no a la Universidad de Córdoba; en consecuencia, debía denegárseme la licencia.

Recuerdo siempre que el rector Dr. Jorge Orgaz, se levantó de la sesión – yo estaba almorzando – y me dijo: “lo llamo para pedirle disculpas por lo que acaba de ocurrir. Le han denegado la licencia, cosa a la que yo me he opuesto, porque considero que es afrenta para usted y que no hace honor a la universidad, pero así lo han decretado los representantes estudiantiles que cuentan con mayoría en este momento”. Esto me disgustó y me dolió mucho.

En ese entonces se había resuelto la vieja disputa que teníamos con el Profesor Márquez Miranda. Después que pidió mi exoneración y me dejó cesante, se abrió el concurso de su cátedra. Yo me presenté y él también. Ese concurso se resolvió tres veces a favor mío y tres veces volvió a foja cero. La historia es muy larga y los entretelones no interesan. El hecho real es que lo gané tres veces y nunca pude hacerme cargo. Desdichadamente –y lo lamenté mucho– el Profesor Márquez Miranda murió y entonces gané la cátedra en forma definitiva ... hasta que llegaron los militares. La gané y sin embargo un capitán de goleta, no sé qué marinero por ahí, con un decreto de dos líneas dejó nulo el dictamen y me echaron. Fue la segunda o tercera vez que me echaron...

¿Qué encontraba usted en el Museo de La Plata que no había en Córdoba?

En La Plata, en primer lugar, en el Museo había una vieja tradición científica con muchas disciplinas distintas. Además, esas especializaciones tenían gran desarrollo y podían ser sumamente útiles para mi trabajo. Por ejemplo, la clasificación de los vertebrados, la clasificación de los sedimentos, la determinación de las rocas de que estaban hechas los artefactos. Todo eso dentro de una misma institución configuraba un ambiente –desde el punto de vista del intercambio científico– sumamente importante.

La presencia de Alberto Rex González en la Universidad de Córdoba

En Córdoba, la cosa estaba mucho más dispersa y no había tantos especialistas. Por otro lado, se había creado en La Plata la Carrera de Antropología con una rama de Arqueología, cosa que en Córdoba no existía sino que seguía siendo la vieja Carrera de Historia con materias de la especialidad. Por otra parte, Córdoba comenzó a cambiar mucho. En el núcleo de profesores de los años sesenta había figuras de gran relieve internacional, tal como Luis Prieto y Andrés Raggio, o personalidades locales como [Ceferino] Garzón Maceda, un hombre de una amplia cultura, un gran lector. Eso se fue disgregando en pocos años: Raggio se fue a Francia, Prieto ocupó en Suiza la cátedra Ferdinand de Saussure, inada menos! En La Plata cambió mi situación, ya que había ganado la cátedra; en Córdoba, a su vez, me negaban una licencia. Estos fueron los motivos que decidieron mi ida.

El Museo de La Plata era, desde el punto de vista científico, un centro más estimulante para desarrollar su trabajo; indudablemente tenía más prestigio que Córdoba y, por otro lado, estaba una colección muy bien documentada.

Esa es otra cosa de la que no hemos hablado, pero que era muy importante. La existencia de colecciones como la Muniz Barreto, en la que yo había empezado a trabajar cuando ingresé hacia 1948, era un aliciente importantísimo. Por los problemas con Márquez Miranda había tenido que dejar ese estudio.

Mientras usted está en Córdoba, se mantiene en contacto con los centros internacionales y viaja en una oportunidad con una beca Guggenheim a los Estados Unidos. Ganó una beca Guggenheim estando en Córdoba. Y luego esta experiencia suya de La Plata con la colección Muniz Barreto le va a permitir hacer una investigación -creo que es pionera- que por primera vez se usa la computación.

Si, yo la había empezado estando en La Plata, con computadoras de segunda generación, con un Dr. Robinson ... ¿cómo se llama?... bueno, ya me voy a acordar, que era un especialista que empezaba a trabajar en computación. Lo empecé ahí y después lo llevé a los Estados Unidos. Después de muchas vicisitudes, logré ponerme en contacto con el arqueólogo que probablemente estaba más compenetrado de esos asuntos, que era George Cowgill. No soy, no he sido ni seré un especialista en computación, pero él me ayudó: le di los materiales que tenía pasados en ese entonces a tarjetas perforadas -se trabajaba en esa forma- y Cowgill elaboró un trabajo de seriación de tumbas que se convirtió en un clásico de la materia. Está publicado por el famoso arqueólogo inglés David L. Clarke, ya fallecido, en su libro pionero que fue sumamente importante: *Models in Archaeology* [Londres 1972]. Sobre la base de lo que hizo Cowgill y lo que se publicó allí, yo lo tomé y lo pasé a la aplicación directa de los materiales de la cultura de La Aguada. Se publicó en el Primer Congreso de la Arqueología Argentina [*Actas y Trabajos del Primer Congreso de Arqueología Argentina* (Rosario 1970); Museo Histórico Provincial "Dr. Julio Marc"; Rosario 1975] y, dentro de ciertos límites, todavía sirve. Hay que volver a rehacerlo totalmente y se pueden

lograr resultados extraordinarios, mucho más completos.

Usted tenía un contacto muy directo con los estudiantes en la cátedra. ¿Cómo era el ambiente de Córdoba de esa época?

Bueno, como yo venía de una militancia reformista creía que la participación del alumno debe ser directa. La experiencia hospitalaria, el quirófano, le revela que si el alumno no se forma con otro cirujano y en el quirófano, no puede hacerlo en forma teórica. Yo comparaba a la arqueología con algo parecido, porque en el país había una arqueología de puras lecturas, basadas en las crónicas sobre todo, y en un enfoque teoricista. Yo, por el contrario, creía que lo que había que hacer era el trabajo directo, en el terreno. Para eso, las primeras experiencias había que hacerlas en conjunto, profesor y alumnos, con planes bien hechos y viendo efectivamente los sitios y excavando. El alumno no necesita demasiado tiempo, el aprendizaje se hace rápidamente. Algunos alumnos inmediatamente después del primer o segundo viaje se independizaron totalmente, empezaron a trabajar por su cuenta, con sus propias teorías, con sus propias ideas y sus propios enfoques; con otros hemos seguido trabajando muy de cerca y el intercambio ha sido provechoso. En general, ha sido sobre todo beneficioso para la disciplina. Cada uno aportó con lo que ha podido, con sus ideas

Cuando yo quiero hacer la síntesis de La Aguada había cuatro o cinco datos de radiocarbón. En este momento del montículo de Choya [Catamarca] vamos a tener veintiséis fechados. Y lo que tengo es un lío insigne porque queremos afinar, queremos saber cuando empezó, cuándo terminó el montículo para ponerlo dentro de la relación con el Valle de Ambato. Cuando tengamos eso nos va a faltar la falda oriental de la Sierra de Ancasti; de esa zona no sabemos si es otro señorío o es el mismo, ni cómo se relaciona con el resto.

Usted publicó en Córdoba dos trabajos que son clave en su vida científica: el de la cueva de Intihuasi -su tesis de Columbia si no me equivoco- y el de La Aguada. Los dos en la *Revista del Instituto de Antropología*. Usted logró fundar una revista de nivel internacional y, además, se publicaron allí los primeros fechados radiocarbónicos, el primer listado.

No me acordaba. Eso fue en Córdoba. Si, porque después del trabajo de campo en la cueva de Intihuasi [San Luis], me voy a Córdoba.

Vamos a terminar con sus años en Córdoba: ¿cómo fueron para usted en términos científicos y personales?

Bueno, en términos científicos sumamente importantes y muy productivos. Terminé el trabajo de Intihuasi, porque me llevé parte de los materiales a Córdoba. Ya los había estudiado en Buenos Aires pero cuando me fui, me llevé lo que me faltaba. Completé los manuscritos de Intihuasi, los terminé de escribir. Segundo, pude publicarlos y ser yo mismo el editor, de manera que podía corregir los errores del texto y controlar el trabajo de la imprenta. Desgraciadamente se hicieron un número muy

escaso de ejemplares -500 ejemplares- que se agotaron rápidamente.

Después tuve grandes satisfacciones. Por ejemplo, cuando MacNeish está excavando el famoso sitio de Ayacucho [Perú], la cueva de Piquimachai, lo voy a visitar en la casa que le servía de campamento y donde tenía su laboratorio, encuentro que en su lugar de trabajo tenía sólo cuatro o cinco textos de arqueología sobre el precerámico en América del Sur; para mi asombro, encuentro que el trabajo de Intihuasi lo tiene ahí. Bueno, para un individuo que había trabajado en lugares como Coxcatlán, en México, que se había hecho un plan de investigación muy avanzado para las cuevas de Ayacucho, que lo tuviera en cuenta, bueno, era una satisfacción. El volumen se agotó y creo que, a la larga, fue bastante útil.

Fíjese usted, en cuanto a las excavaciones de cavernas en América del Sur, hay un trabajo pionero que marca toda una etapa y que cambia el paradigma, que es el de Junius Bird en Patagonia, en los años treinta. Luego pasan muchos años y nadie vuelve a excavar en cavernas, de manera sistemática. En la misma cueva de Intihuasi, un profesional que figuraba como entre los más destacados de la época, excava tres temporadas y al final dice: "trabajar aquí es perder tiempo y dinero". Palabras textuales, están publicadas.

¿Quién era?

[Milciades Alejo] Vignati. Es decir, no había interés por el trabajo en las cavernas ni se hacía habitualmente. Es necesario esperar a las excavaciones de Cardich en Lauricocha [Perú] y luego las excavaciones en Patagonia de los grupos de investigadores que han trabajado en los últimos años.

En términos personales, ¿cómo fueron esos años de Córdoba para usted?

Bueno, a mi Córdoba me gustaba. Vivíamos en la casa de los padres de mi mujer, con quien teníamos muy buena relación; allí crecieron mis hijos. De manera que, en lo personal, para mí era agradable: la cercanía de las sierras y el poder salir al campo, el ambiente en la Facultad. La relación con los alumnos era muy estrecha y con la gran mayoría hemos seguido teniendo un trato cordial. Uno, por ejemplo, se encuentra después de tantos años con [Vicente] Gallípoli o [Mario] Soreci, y aunque no hayan continuado con la arqueología siguen siendo buenos amigos. De otros nunca he vuelto a saber.